

se tan esforzado, que esse dia y otro pudiera estar sin comer bocado. Y dice él que con esta subita y miraculosa salud que recibió en sí, se confirmó mas en la fé de los milagros que deste sancto varon avia escripto.

Tambien Theodoro autor grave y antiguo, escribió otra historia de sanctos Monges que él alcanzó en su tiempo, en que refiere sus grandes virtudes y milagros. Y entre ellos escribe aquella admirable vida de Sant. Simeón, que hazia vida morando sobre una columna, del qual este Doctor fue muy familiar amigo: y gloriasse de aver sido testigo de vista de sus milagros y prophecias: y particularmente cuenta un milagro que él vió con sus ojos. Fue presentado à este sancto un soldado paralítico por mano de su Capitan, para que le diese salud, como la daba à otros innumerables enfermos. Preguntóle entonces el sancto varon dende lo alto de la columna: Tu crees en la Sanctissima Trinidad, Padre, Hijo, y Espiritu Sancto? Respondió él que sí. Dixo entonces el sancto: Pues en nombre de Jesu-Christo levántate, y tomá à cuestas tu Capitan, y vete con él. Dicho esto, levantóse el tullido, y tomó en brazos à su Capitan (que era un hombre de muchas carnes) y fuesse con él. En lo qual el sancto imitó las palabras que el Salvador dixo al Paralítico de la Piscina: (a) Levántate, y tomá tu lecho y vete.

Por lo escripto hasta aqui se ve como ninientos ha sido escribir en este libro milagros tan ciertos, que ningun hombre tuérdo los pueda negar; pues todos ellos tienen por testigos de vista Doctores sanctissimos y sapientissimos. Y tales el que agora añadiré de Sant. Juan Climaco, el qual despues de aver vivido diez y nueve años debaxo de la obediencia de un sancto varon, muerto éste, vivió en soledad quarenta años con grande sanctidad y fervor de espíritu. Este pues tratando en el capítulo 4. de la Obediencia, (b) de algunas virtudes se-

ñaladas que vió en un sancto monasterio de aquel tiempo, entre otras cosas cuenta el milagro que aqui referiré por estas palabras: No quiso el Señor que me partiesse de aquel monasterio sin provisión de las oraciones de un sancto y admirable varon, llamado Mena, que tenia el segundo lugar despues del Abbad en el regimiento del monasterio, que falleció siete dias antes que yo me partiesse, despues de aver vivido cinquenta años en el monasterio, y aver servido en todos los officios dél. Celebrando pues nosotros tres dias despues de su fallecimiento el acostumbrado officio de los defunctos por el anima de tan gran padre, subitamente el lugar donde estaba su sancto cuerpo fue lleno de un olor de maravillosa suavidad. Permitted pues aquel gran padre que se descubriesse el lugar donde el sagrado cuerpo yacia. Y esto hecho, vimos todos que de sus preciosissimas plantas (como de dos fuentes) manaba un unguento suavissimo. Entonces el padre del monasterio bolviendose à todos, dixo: Veis hermanos como los sudores de sus cansancios y trabajos fueron recibidos de Dios como un unguento preciosissimo? Deste beatissimo padre Mena nos contaban los Padres de aquel lugar muchas y grandes virtudes. Entre las iguales contaban está: que queriendo el padre del monasterio probar su paciencia, viniendo él una vez de fuera, y prostrado ante el Abbad, pidiendole la bendición, (segun era de costumbre) él lo dexó estar assi prostrado en tierra dende el principio de la noche hasta la hora de los Maytines. Y à aquella hora acudió à darle la bendición, y levantarle del suelo, reprehendiendole como à hombre impacientissimo, y que todas las cosas hazia por vanidad y ostentacion. Sabia muy bien el sancto padre quan fuertemente él avia de sufrir esto: por lo qual quiso dar este publico exemplo para edificación de todos. Y un discipulo deste Sancto Mena, que sabia muy por en-

tero los secretos de su maestro (de que algunas vezes nos daba parte) preguntándole yo curiosamente, si por ventura vencido del sueño se avia dormido estando assi prostrado, afirmónos que estando assi avia rezado todo el Psalterio de David. Hasta aqui son palabras de Sant. Juan Climaco.

Mas antiguo que no éste fue Sant. Gregorio Nacianzeno, el qual por su gran sabiduria mereció sobrenombre de Theologo, y fue Arzobispo de Constantinopla (aunque mayor gloria ganó en dexar esta dignidad, que en alcanzarla) y Sant. Hieronymo se gloria de averle tenido por maestro. Este tan señalado varon, quanto sus escripturas y vida sanctissima declaran, en un sermón que hizo en la muerte de una hermana suya, por nombre Gorgonia, muger sanctissima, dice que ya puede publicar un milagro que hasta aquel tiempo tenia encubierto. Y fue, que padesciendo esta su hermana una terrible enfermedad, à que los phisicos no podian dar remedio, ella se levantó como mejor pudo de noche, y entrando en su oratorio, se puso de rodillas ante el altar donde tenia el Sanctissimo Sacramento, y llena de fé y confianza, dixo al Señor que presente en aquella Sagrada Hostia tenia: Señor, no me tengo de levantar de aqui hasta que me deis salud. De aí se levantó luego sana, maravillandose despues los medicos de tan subita salud, sin saber la causa della. Con tal fé como esta quiere aquel clementissimo Señor ser rogado: y à tal fé (como él mismo dice) (a) no ay cosa imposible.

Este milagro susodicho tuvo en secreto este Sancto Doctor durante la vida de su hermana; como diximos. Mas otro cuenta él en el mismo sermón, el qual dice que fue publico, no solo en aquella ciudad donde ella moraba, mas tambien fuera della. Y el caso fue, que yendo ella en un carro, las mulas que lo llevaban se espantaron, y corriendo à to-

Tom. IV.

da furia, arrastraron el cuerpo desta señora de tal manera, que se le desencajaron y maltrataron fea y miserablemente los miembros, assi los exteriores como los interiores de su cuerpo. Mas la sancta muger era tan amiga de su honestidad, que no consintió que physico, ni zurrano viesse sus carnes, sino bolviendose llena de fé y amor al Señor que amaba entrañablemente, pidióle que él quisiesse ser su medico, y la sanasse: y acabada esta oración, à la hora fue sana. Donde vemos (dice este sancto Doctor) que hizo nuestro Señor aqui mas de lo que prometió por su Propheta, quando dixo; (b) que si el justo cayesse, no se quebrantaria, porque él pondria su mano debaxo. Mas aqui passó adelante, dando subita salud al cuerpo con la caída quebrantado. O admirable calamidad (dice este sancto) tan digna de ser alabada! O dolor y enfermedad mas excelente que la misma salud! O quan de verdad cumple aqui el Señor aquella promessa que dice: (c) El Señor herirá, y él tambien sanará. Y esta maravilla fue (como diximos) muy notoria, porque la fama deste milagro corrió por otras tierras apartadas desta, y assi anda en los oídos y lenguas de todos. Estas palabras son deste sancto Doctor: el qual demás de su sanctidad y doctrina (la qual fue tal, que Sant. Hieronymo se gloria de aver sido discipulo suyo) no pudiera decir en un publico sermón cosa que (à no ser verdadera) tuviera contra sí todo el auditorio, y toda la tierra que lo desmintiera. En lo qual se verá que no refero yo aqui milagro que no sea digno de ser creído de qualquier hombre prudente y sabio.

Mas antiguo que todos estos Doctores susodichos fue Cypriano: el qual en vida, y muerte, y en sus escritos fue siempre Martyr, y esfuerzo de todos los martyres (como parece por las elegantissimas cartas que les escrivía; quando estaban presos.) El tambien en el sermón

Xx

que

(a) Matt. 17. & 21. Marc. 11. (b) Psal. 36. (c) Job 5. Deut. 32.

que se intitula de *Lapsis* refiere (a) algunos miraculosos castigos de los que sin debida penitencia indignamente se llegaban à comulgar. Tambien en sus Epistolas escribe algunas revelaciones con que nuestro Señor prevenia y avisaba à su Iglesia, quando se avia de levantar alguna persecucion. Mas en un sermón que él hazia para esforzar à los Christianos à que no temiessen la muerte, dice que muchas vezes nuestro Señor por su infinita bondad le avia expressamente mandado predicar à los fieles, que no llorassen à sus hermanos defunctos, ni tomassen por ellos vestiduras prietas, porque ellos avian yá recebido en el cielo ropas blancas, y que supiessen que no los avian perdido, sino embiado delante à tomar la possession del reyno del Cielo. Este milagro de la revelacion divina cuenta en este sermón.

No será razon que entre tantos y tan graves Doctores, nos olvidemos del dulcissimo, y sanctissimo Bernardo. El qual quanto fue mas humilde, y mas ageno de toda vanagloria, tanto mayor gracia y virtud recibió para hazer milagros: tanto que un plato en que él avia comido, bastó para dár salud à un enfermo: en tanto estima el Señor todas las cosas de sus sanctos, y assi los honra. Otra vez predicando el Sancto (b) varon contra una heresia diabolica, que se avia levantado en su tiempo, mandó traer ante sí un cesto de pan, y dixo, con una grandissima fé y zelo de la gloria de Dios, y de la salvacion de las animas, à todo el pueblo que presente estaba: En confirmacion de la verdad que yo os he predicado, y condenacion desta nueva heresia, quien quiera que comiere deste pan, sanará de qualquier enfermedad que padesciere. Y temiendo el Obispo que presente estaba esta tan gran promesa, dixo: Entiendese esto, comiendolo con fé. A esto acudió el Sancto varon, diciendo: No digo yo assi; sino quien quiera que dél comiere, será sano: y assi

XX.

(a) In serm. ordinis. (b) Tract. Miracul. D. Bern. in coke oper.

se cumplió lo prometido. De la vida deste Sancto están escritos cinco libros; y uno dellos trata de los milagros que hizo en vida, y hallanse aqui escritos ciento y sesenta y tantos milagros. Pues qué hombre avrá tan incredulo, y tan enemigo de la fé, que crea todos estos milagros aver sido fingidos? Mas con todo esto yo me contento para mi proposito con solo uno que el mismo Sancto refiere en la vida de Sant Malachias que él escribió. Donde dice, que estando el cuerpo deste Sancto Obispo para ser sepultado en su monasterio de Claravale donde falleció, y haziendo los monges el officio de la sepultura, dice Sant Bernardo que vió alli un muchacho con un brazo caído, el qual no podia mandar, ni se servia dél para nada. Entonces el Sancto varon tomó al mozo por la mano, y llevólo do estaba el cuerpo del defuncto: hizole tocar en él, y subitamente fue sano. Esto pasó por mano del mismo Glorioso Bernardo: el qual quiso hazer por virtud del Sancto lo que él por sí pudiera, muy bien hazer, mas como verdadero humilde quitó la gloria de sí, y dióla al Sancto.

no y si ob sacri y...
no...
on...
on...
Prosigue la misma materia.

Engamos à los Sanctos mas vecinos à nuestros tiempos: quales fueron en un mismo tiempo los dos Gloriosos Padres, fundadores de dos tan señaladas ordenes, Sancto Domingo, y Sant Francisco, cuyas vidas están llenas de virtudes y de milagros. Y dexados aparte otros muchos milagros que se escriben de nuestro glorioso padre sancto Domingo, por los quales poco despues de su glorioso transito fue canonizado, y su sagrado cuerpo trasladado à otro lugar digno de su sanctidad, quien osará negar aquel famoso milagro que hizo, de que toda Roma fue testigo, resus-

Sancto Mens, que habia...
ci-

citando al sobrino de un Cardenal, que cayendo de un cavallo se avia hecho pedazos; estando presente el mismo Cardenal con toda su familia, y todas las monjas de un solemne monasterio, y otra mucha gente? De manera que no curó de mandar salir fuera la gente que alli estaba (como hizo Sant Pedro quando quiso resuscitar aquella sancta viuda) (a) sino en preseneia de todos, diciendo Missa se arrebató en spiritu y acabada la Missa se llegó à el cuerpo, y concertando por su orden los miembros, le tomó por la mano, y en virtud del nombre de Christo, llamando al mancebo muerto por su nombre le volvió à la vida: dexando à todos los que presentes estaban attonitos, viendo tan grande maravilla. Pues à no ser esto verdad, quién osará escribir una cosa que no siendo verdadera tenia contra sí por testigo à toda Roma? Pues desta manera, y con tales muestras de sanctidad autorizaba Dios à los sanctos, que él diputaba para que fuesen Patriarchas, y fundadores de las ordenes que él queria instituir para edificacion de su Iglesia.

Y pues he tocado en la santidad del padre, tambien diré algo de la de uno de sus gloriosos hijos, que fue Sant Vicente Ferrer: rogando al Christiano lector quiera leer su vida, porque en ella verá que el espíritu de los Apostoles, y de Sant Pablo no se acabó con su vida: porque en este glorioso Padre resuscitó el espíritu deste Apostol, porque por tantas tierras y naciones anduvo predicando como él, y esto con inestimable fruto y conversion de muchas animas de fieles y infieles. A quien tan facil y tan familiar cosa era hazer milagros, sanando todo genero de enfermedades, como tocar con la mano en la cabeza. Y demas desto no una sino muchas vezes dió de comer à gran numero de gente que le seguia con muy poco mantenimiento, tanto que en su canonizacion se contaron ochocientos y sesenta milagros

Tom. IV.

que él hizo fuera de España. Pues quién será tan incredulo ò tan desvergonzado, que diga todos estos milagros ser fingidos, como quiera que uno solo que sea verdadero baste para confirmacion de nuestra fé? Y no entran en esta cuenta los milagros que hizo en España, que fueron muchos mas, por aver predicado mas tiempo en ella. Y demas desto nuestro Señor tuvo por bien de consolarlo en tantos discursos y trabajos como por su amor padescia, revelandole que avia de ser canonizado y puesto en el catalogo de los sanctos, y quien lo avia de canonizar, y en qué tiempo. Y assi viniendo à tomar su bendicion un virtuoso mancebo en Valencia, que despues fue Papa Calixto, le reveló nuestro Señor que aquel avia de ser Papa, y que él lo avia de canonizar: y algo desto dixo él al mancebo, encomendandole el estudio de las letras, y mucho mas de la virtud. Y estando Sant Bernardino oyendo un sermón suyo, dixo en preseneia de todos: Aqui está un Padre de la orden de Sant Francisco, al qual tomará nuestro Señor por instrumento para alumbrar à Italia, y aunque es mas mozo que yo, será primero honrado en la Iglesia que yo. Esto dixo, porque seis años antes que él fue canonizado. Y con tener estas tan magnificas revelaciones de nuestro Señor, y obrar tantos milagros por él, no tuvo necesidad del estímulo de Satañás que lo humillase, para que no se ensalzasse con ellas. De sus virtudes no diré aqui mas que sola una, por ser rara y singular: y es, que como él no contento con los trabajos de las predicaciones de cada día, y de los continuos caminos, tuviese por estilo tomar cada día una disciplina, quando acacescia estar enfermo en cama, mandaba à un compañero suyo que se la diesse, conjurandole de parte de Christo, que cargasse bien la mano sobre él: tan grande era la devocion y constancia que el Sancto varon tenia en los bue-

Xx 2

(a) Act. 9.

nos propositos que proponia. Pues qué no avia de hazer aquel tan fiel y tan agradecido Señor en favor y honra de quien con tanto fervor y perseverancia le servia?

Y pues tratamos brevemente del hijo, no será razon quedar en olvido la hija, y mas tal hija: que es la bendita Virgen Sancta Catherina de Sena. Pues en la vida suya cuántos milagros hallaremos, y cuán verdaderos y admirables? Porque su vida escribió su confesor Fray Raymundo, el qual por sus meritos y virtudes vino à ser General de toda nuestra Orden, y de la boca de la misma Virgen supo muchas de las cosas que escribió. Y demas desto al principio de tres libros que escribió de su vida, haze un solemne juramento de no decir cosa, que no declare la manera en que la supo, y de muchas fue él testigo de vista. Mas entre tantos milagros no haré mencion mas que de uno solo, por aver sido muy notorio, el qual está authenticado, y probado por el Papa Pio segundo en la bula de su canonizacion. Y fue que esta Virgen estuvo sin comer (mas que solo el Sancto Sacramento) dende el dia de la ceniza, hasta el dia de Pentecostés, que son mas de tres meses. Y de aí adelante hasta el dia que murió perseveró assi, aunque por el escandalo y persecuciones grandes, y por los juicios de los ignorantes que se levantaron contra ella, mastigaba unas yerbas cocidas que comia y tragaba solo el zumo dellas, y acabada la comida tomaba una pluma, y poniendola en la boca tornaba à vomitar lo que avia tragado, porque le daba gran tormento retenerlo en el estomago. Y este le era un linage de martyrio, que nuestro Señor quiso que esta Esposa suya padeciese en su vida. He referido este milagro solo, por aver sido, muy publico, y averse hecho por sus confessores tantos exámenes è inquisiciones sobre él (por ser la cosa tan sobrenatural y tan nueva) que no ha lugar poderse esto negar: mayormente estando parte desto

(como dixé) authenticado en la bula sobredicha.

Pues sobre las llagas del bienaventurado Padre Sant Francisco, (por ser la causa tan nueva y tan admirable, vérgas las mismas insignias del hijo de Dios y Señor de todo lo criado, en un hombre vestido de andrajos) qué examen, qué inquisicion se hizo en vida dél, tomando juramento sobre los sanctos Evangelios à los que desto podian dar fé como testigos de vista? Mas no fueron menester para la prueba deste milagro mas testigos que los ojos. Porque en el cuerpo del glorioso sancto despues de fалlescido, vieron quantos presentes se hallaron esta maravilla. Y assi la vió la bienaventurada virgen sancta Clara con todas sus monjas, por cuyo monasterio passaron el sagrado cuerpo lo que lo llevaban à sepultar.

Estos pocos milagros tan dignos de fé he querido aqui referir, assi para gloria de la religion Christiana, que tales testigos tiene, como para convencer à los que dán poca fé à los milagros. Los quales si quieren aun mas testigos, lean las bulas de la canonizacion de los sanctos: para la qual haze la Iglesia grandissima diligencia por personas de grande autoridad (como se podrá vér en la bula de la canonizacion de sancta Cathalina de Sena) demàs de la asistencia del Spiritu Sancto, que no consentirá que la Iglesia yerre en cosa tan importante, y aí hallará muchos y muy authenticos milagros. Lea tambien las vidas de algunos sanctos que escribieron gravissimos autores, como Atanasio la del gran Antonio: Hieronymo la de Hilarion: Sant Bernardo la de Sant Malachias: Theodoretto la de Sant Simeón el de la columna, y otras muchas; y Sulpicio Severo la de Sant Martin: los quales fueron contemporaneos de los sanctos, cuyas vidas y milagros escribieron, y los dos postreros familiares amigos, y testigos de vista de los milagros que escribieron. Algunos de los quales fueron tan publicos y notorios, que to-

dos

dos los que entonces vivian eran testigos dellos: como fue este que diré. Una aldea avia en la tierra de los Senónas, en la qual caia todos los años tan gran tempestad de granizo, que destruía todos los trabajos y sementeras de los labradores. Los quales afligidos con este daño, pidieron socorro à Sant Martin. Hizo el sancto oracion por esta plaga, y en espacio de veinte años que el sancto vivió en la tierra, nadie vió granizo en aquella region. Y para dár nuestro Señor à entender que esto no avia sido acaso, sino por los meritos del sancto, despues de su fалlescimiento luego tornó la misma tempestad. Esto escribe Sulpicio aver caecido en su tiempo. Pues osára este escritor fingir algo en cosa tan sabida y tan notoria?

Lea tambien la peregrinacion de aquellos siete religiosos de Palestina que anduvieron visitando los sanctos monges de Egipto, (de que adelante hazemos mencion) la qual anda en el libro de las vidas de los sanctos padres: y aí verá los milagros que estos sanctos religiosos vieron y experimentaron. Porque el primero (cuya vida allí se escribe) que fue Sant Juan de Egipto (de quien las historias Ecclesiasticas dicen que revelaba al Emperador Theodosio el successo de sus batallas) les sanó uno de los compañeros que consigo traían enfermo, y les reveló que aquel dia era llegada nueva à Alexandría, que Theodosio avia vencido al Tyranno Eugenio, y que de aí à poco avia de partir el buen Emperador desta presente vida, y que Paladio (que era uno de los siete peregrinos) avia de ser Obispo, como despues lo fue, de Capadocia: y preguntando el sancto si entre ellos venía alguno de Orden Sacro, y respondiendo que no, señaló él à uno con el dedo, y dixo: Este es Diacono. Lo qual no sabia mas que un solo compañero, porque el Diacono por mas humildad avia encubierto esta dignidad. La historia desta peregrinacion escribió Paladio en Griego, y otro de los mismos hermanos en Latin: donde la sanc-

tion y conformidad de los historiadores en todo lo que escriben, y ser siete los testigos destas cosas, no dán lugar para poderse presumir aqui cosa fingida. Esto baste de los milagros antiguos, para que se vea que en la religion Christiana no ay como quiera milagros, sino que llueven sobre ella milagros. Mas no es razon que calleemos algunos muy notorios de nuestra edad, los quales confirmarán la verdad de los passados.

§. VIII.

Milagro que cuenta el Emperador Antonino Pio.

Despues destes milagros que cuentan varones sanctísimos (de que fueron testigos de vista) no puedo dexar de contar otro no menos illustre que refieren nuestros mismos enemigos, que son testigos sin sospecha, porque son autores gentiles: los quales escribiendo las vidas de los Emperadores Romanos, cuentan este milagro: entre los quales es uno Amiano Marcelino en la vida del Emperador M. Antonino. El qual milagro refiere tambien Justino martyr y philosopho en una defension de nuestra fé que embió al Emperador Antonino Pio; al fin de la qual pone tres cartas de Emperadores escritas en favor de los Christianos, y la tercera es del Emperador M. Aurelio Antonino, escrita al Senado Romano: cuyo tenor es el que se sigue. El Emperador Cesar M. Aurelio Antonino, Germanico, Parthico, Sarmatico, al Sacro Senado y pueblo Romano, salud. Parecióme daros cuenta en esta carta de nuestros trabajos, y del successo de la guerra de Alemaña, y de los peligros y dificultades en que me he visto estando cercado dentro de nueve millas, de setenta y quatro dragones, que eran las insignias de los enemigos. De lo qual me dieron noticia las espías, y Pompeyano, maestro de Campo. Con lo qual me ví en grande aprieto junto con las legiones de mi exercito, viendome cercado

de

de infinita muchedumbre de enemigos: en la qual avia nueve cientos y setenta y cinco mil, y todos armados. Y como yo no tuviesse gente bastante para romper con tan gran número de bárbaros, acogíme con toda devoción à los dioses de nuestra patria, en los quales ningun socorro hallé. Entonces viendome en tan grande aprieto, hize convocar à los que llamamos Christianos: de los quales se hallaron muchos. Y contra ellos yo me embavescí: lo que no debiera hazer por el poder admirable que despues en ellos conocí. Los quales comenzaron luego à tratar de nuestro remedio: y esto sin saetas ni armas ni trompetas (como gente agena de todo este aparato) contentos con el favor de su Dios, que traen en su consciencia. Y es cosa creible que lo traen por armas y defension dentro de su pecho; puesto caso que los tenemos por impios: que es, agenos de toda religion. Ellos pues prostrados en tierra hizieron oracion, no solo por mí, sino tambien por el exercito, pidiendo socorro à su Dios contra la hambre y sed que padesciamos: porque cinco dias eran passados en que nos avia yá faltado el agua, estando en tierra de enemigos y dentro del mismo corazon de Alemania. Pues como ellos se prostrassen en tierra, y hiziesen oracion à un Dios que yo no conozco, luego à la hora cayó del cielo sobre nosotros una agua frigidissima, y sobre nuestros contrarios una tempestad de granizo y de rayos. Con lo qual luego sin tardanza conocimos el socorro invencible de un Dios potentissimo. Por tanto, dende agora permitimos à este linage de hombres que sean Christianos, porque por ventura no pidan contra nosotros otra semejante tempestad. Y assi mando y establezco que no se tenga por crimen à nadie la religion Christiana. Y si alguno accusare al Christiano por solo titulo de Christiano, quiero que al acusado ninguna pena se le dé por este titulo, no aviendo en él otro delito: y

el acusador mando que sea quemado vivo. Y este Decreto mio y del Senado quiero que sea firme y válido: y mando que sea affixado en la plaza de Trajano, para que publicamente pueda ser visto y leído; y de ahí sea embiado à las provincias por orden de Verasio Polion, Governador de la ciudad. Assimismo doy licencia para que todos puedan trasladar este nuestro edicto conforme al original que publicamente fue propuesto en el lugar sobredicho.

Esta es pues la carta deste Emperador: en la qual él mismo refiere este tan magnifico y famoso milagro, con el qual aquel Rey Soberano quiso confirmar la verdad de nuestra sancta fé, y mostrar quan grande sea la eficacia de la perfecta oracion, y con cuánta razon se llama él en las Escrituras Dios de los exercitos; (a) pues en un momento sin arco y sin saetas desbarató un exercito tan poderoso.

§. IX.

De otros milagros señalados de nuestra edad.

TRAS de los milagros referidos por los sanctos que aquí avemos alegado, me pareció contar algunos de nuestra edad, para convencer à algunos que dán poco credito à los milagros passados: y con estos se podrá convencer su incredulidad, y aun se acrescentará la fé y credito de los que hasta aquí se han contado.

Entre estos pongo por muy notorio el de los sanctos corporales de Daroca, que hoy dia son vivos: del qual milagro está escrito un libro dirigido al Invictissimo Emperador D. Carlos, Quinto deste nombre, y à la gloriosa Emperatriz su muger: los quales fueron à visitar y adorar al Señor que en aquellos corporales està. Mas diré yo aquí en summa lo que este libro contiene, y lo que es à todo el mundo notorio. En el reyno de

(a) 1. Reg. 1. 4. 15. 2. Reg. 5. 6. 7. Esai. 1. 26.

Valencia, en el año del Señor de mil y docientos y treinta y nueve, vió una gran muchedumbre de Moros sobre un pequeño exercito de solos mil Christianos que estaban recogidos en un castillo. Viendo pues ellos que siendo tan pocos, y estando muy lexos de Valencia para aver de ser socorridos, era imposible dexar de ser vencidos de tan grande exercito; si no fuesse por muy especial milagro y favor de Dios, procuraron de lo alcanzar seis Capitanes principales que en aquel exercito avia, confessandose y recibiendo el Sanctissimo Sacramento: porque siendo pocos los Sacerdotes que allí avia, y estando cerca los enemigos, no avia lugar para que todos hiziesen lo mismo. Estando pues estos confessados, y oyendo Missa, y consagradas yá seis formas para comulgar en ella, diéronles rebate, que los Moros estaban sobre ellos. Por lo qual les fue forzado dexar la comunión, y acudir à las armas. Entonces el Sacerdote que decia la Missa, embolvió las seis formas en los Corporales, y à gran prisa los escondió debaxo de una piedra. Mas nuestro Señor, mirando el aparejo y la buena voluntad que estos fieles Capitanes tuvieron de servirle, y teniendo respecto à la confianza que en él pusieron, y al socorro que le pidieron, de tal manera esforzó à ellos, y à los demás por ellos, que desbarataron en breve espacio los Moros, y hizieron gran matanza en ellos, y los demás huyeron. Entonces ellos bolviendo victoriosos y agradescidos por el beneficio recibido, quisieron acabar lo comenzado: que era, recibir el Sancto Sacramento. Acudió entonces el Sacerdote à traer los Corporales que avia escondido. Y descogendolos en el Altar, halló las formas teñidas en parte de sangre, y pegadas en los Corporales, como agora se ven. Y declarado el mysterio, y descubiertos los Corporales, fue grande la admiracion y devoción, y las lagrimas que allí se derramaron, dando gloria y gracias à Dios por esta maravilla. En este tiempo los Moros bolvie-

ron à rehazerse, y apellidar toda la comarca, y vinieron segunda vez à dár sobre los Christianos. Mas ellos esforzados con el beneficio recibido, mandaron al Sacerdote que se pusiesse en un lugar alto, teñidos los Corporales à vista del exercito para animarlo. Y esto hecho, dieron sobre los enemigos con tan grande impetu, y hicieron tan grande riza en ellos, que toda aquella tierra estava cubierta de sangre, y de cuerpos muertos. Avida esta victoria, y acabada con ella la guerra, comenzaron à altercar sobre donde se pondria aquella preciosissima reliquia: porque cada uno quisiera honrar su tierra con ella. Passaronse en esto grandes trances y contiendas. Mas el Capitan General prudentemente dixo, que pues aquella obra era de Dios, à él pertenescia declarar el lugar de su morada. Pareció esto bien à todos, y acordaron que la voluntad de Dios se conociesse por suertes. Echaronse pues tres vezes suertes, y todas tres cayó la suerte à Daroca, de donde era el Sacerdote que avia consagrado las Formas. Mas ni aun con esto quedaron satisfechos, sino tomaron otro acuerdo, que buscassen una mula mansa, que no viesse caminado por tierra de Christianos, y puestos los Corporales en un cofre muy bien atado, la dexassen ir por dó ella quisiesse, y el lugar donde parasse fuesse disputado para aquel precioso deposito. La mulilla iba delante, y detrás los Sacerdotes con sus cirios encendidos, y tras ellos la gente de guerra con sus capitanes: y andando por este camino, salian de las villas la Clerecia, y la gente alabando à Dios, y ponian delante de la mulilla cebada, y alfalfa, y otras cosas, para que cebandose allí, y parando en aquel lugar, gozassen de aquellas preciosas reliquias. Mas nunca la mula por esto se paró en alguno destos lugares, hasta que llegó à Daroca, y entró por las puertas de un hospital que estaba fuera de la ciudad. Y allí acaesció otra maravilla, porque assi como la mula entró en la Iglesia, hincadas las rodillas

espirió: porque no quiso nuestro Señor, ni era razón, que bestia que en tal misterio avia servido, sirviesse en otro uso de la vida humana. Pues desta manera quedaron los Corporales en Daroca, y así acudieron Reyes, y Príncipes, y grandes Señores, à ver aquella maravilla, y adorar al Señor que en aquellos Corporales está. De ahí fueron embiados embaxadores al Papa Urbano Quarto, para hazerle relacion de lo que passaba: el qual concedió grandes indulgencias à los que visitassen aquella reliquia: y otros Papas las confirmaron, y acrescentaron: como parece por las Bulas que están en los archivos de la Iglesia de Daroca. Y veinte años despues desto fue instituida la fiesta del Corpus Christi. Esta es en summa la historia deste milagro. Para probar la verdad dél no son menester mas testigos que los ojos de los que cada año lo ven, quando sacan estos Corporales para que sea en ellos adorado el Señor que en ellos está. Donde se reconocen dos milagros: el uno es, estar hoy dia aquellas formas enteras sin alguna corrupcion, à cabo de trecientos y treinta años que fueron consagradas: lo qual por via de naturaleza es totalmente imposible: y otro es, estar teñidas y matizadas à partes con sangre. Venid pues hereges sacramentarios, y si no dais credito à las santas Escrituras, dadlo siquiera à vuestros ojos: y vista esta tan grande maravilla, adorad juntamente con nosotros al Señor que alli está presente: el qual hasta oy ha querido estar allí para que vuestra heregia no tenga excusa delante dél.

§. XI.
Del milagro, y Santa Forma de Fromesta.

Otro milagro no menos ilustre, ni menos cierto y averiguado se escribe muy por extenso en la segunda parte de la historia Pontifical, en el capítulo catorce, folio ochenta y cinco, adonde remito al piadoso lector por ser muy dig-

no de ser leído. La summa dél referiré aqui. En Castilla, en la Villa de Fromesta del Obispado de Palencia, acaesció que un hombre llamado Pero Fernandez debia ciertos dineros à otro sin aver medio para poderlos cobrar dél, hasta que le obligó à ello con una sentencia de excomunion por la qual fue forzado à pagarle. Y pareciendole que con esto cumpliria, no trató de pedir absolucion de la censura. Llegó este hombre à punto de muerte, y traxole el Cura el Sancto Sacramento acompañado con mucha gente. Y hechas ya las preguntas ordinarias, queriendo administrarle el Sancto Sacramento que traía en una patena de plata, por ninguna via ni diligencia lo pudo despegar della. Y espantado desto, assi él como toda la gente que presente estaba, mandó salir à todos fuera, y pensando que podría ser esto por algun pecado que le quedasse por confessar, y preguntandole esto, supo dél que ninguna culpa avia dexado por confessar. Congoxado pues assi el doliente como el Cura con esta perplexidad, vino à preguntarle si avia incurrido en alguna excomunion, de que no estuviésse absuelto. Entonces el doliente se acordó de la negligencia pasada, y absuelto della fue comulgado con otra forma, quedando aquella primera guardada para memoria deste milagro. El qual dura oy dia, y el Sancto Sacramento está en la misma patena sin alguna corrupcion, como si agora se acabasse de consagrar. Es visitado este santissimo mysterio de muchas gentes. Y yo (dice el historiador Illescas) aunque indignissimo he tenido en mis manos la patena con grandissima admiracion de vér, que à cabo de ciento y veinte años están las especies del pan sin alguna corrupcion. En lo qual entréviene dos milagros: El uno en estar assi pegada la forma à la patena, y el otro en carecer de corrupcion à cabo de tanto tiempo. Los quales milagros no solo sirven para la adoracion y reverencia del Sanctissimo Sacramento, sino tambien para confessar la eficacia de las censuras Ecclesiásticas.

Y

Y lo uno y lo otro sirve para confusion de los hereges que ambas cosas niegan. Los quales no sé como no se confundirán, visto un milagro tan palpable, y tan notorio como este, que ellos podrán vér con los ojos si quieren.

En la misma 2. parte de la historia Pontifical en el §. tercero, folio 448. se escribe otro singular milagro deste Santissimo Sacramento: el qual acaesció en el reyno de Polonia, quasi en nuestros dias; por el qual muchos hereges se convirtieron à nuestra sancta fé. Es milagro no menos digno de ser leído: adonde remito al Christiano lector.

Otro milagro permanece hasta oy en un lugar de Italia que se llama Montefalco, en un monasterio de monjas Augustinas, testificado y autenticado en escripto por el Reverendissimo Cardenal Siripando, quando era General de la Orden de Sant Augustin, y visto y referido por personas dignissimas de fee, assi Ecclesiasticas como seculares: entre las quales es una el Reverendissimo Señor Don Jorge de Tayde, Obispo que fue de Viséo. Y el milagro es, que en aquel monasterio vivió una sancta religiosa devotissima de la Sagrada Passion: y despues de fallecida, por especial dispensacion y voluntad de Dios, le fue sacado el corazon y abierto en dos partes: en las quales se ven oy dia esculpidos todos los instrumentos de la Sagrada Passion. Y junto con esto en la bolsica de la hiel se hallaron tres peloticas cada una tan grande como una avellana: las quales pesadas, se halla que tanto pesa una sola como las dos, y tanto una como todas tres. Porque toman el peso de una dellas en alguna otra materia; y puesta en una balanza, y las tres en otra, tanto pesa aquella sola como todas tres. Lo qual nos declara el mysterio de las tres personas divinas; en las quales no ay mas que una sola essencia en tres personas. Por donde no tiene menos una que todas tres: porque la esencia de la una es la misma que ay en todas tres.

Tom. IV.

§. XI.
De otros dos perennes milagros.

EN la misma Italia es muy notorio el milagro de la sangre de Sant Genaro. Fue este glorioso martyr degollado en un lugar que está dos leguas de Napoles: adonde una muger por devocion recogió del suelo un poco de la sangre del dicho sancto, y la puso en una redomilla: adonde se ve claramente estar tan dura como una piedra: y todos los años el primer sabado de Mayo ponen la cabeza deste Sancto en un cierto lugar de la ciudad de Napoles: y llevan con gran solemnidad y procesion por toda la ciudad aquella redomilla adonde está la sangre endurecida: la qual en acercandose al lugar adonde está la cabeza del sancto, à vista de todos comienza à derretirse, de modo que se ve que la que estaba tan dura, se vá moviendo dentro de la redoma, con una espumilla como si la sacáran en aquel punto del cuerpo del sancto. Y assi juntos en procession y muy acompañados, llevan la dicha cabeza y sangre derretida, y la ponen en el lugar acostumbrado, que es la Iglesia mayor de Napoles, en una capilla, adonde están muchos otros cuerpos de sanctos. Y puesta la dicha sangre en su lugar apartada de la cabeza, buelve à endurecerse. Y no solo este dia señalado, mas todas las vezes que ponen esta sangre delante de su cabeza, buelve à derretirse como está dicho, viendose mover dentro de la dicha sangre algunas pajuelas que anduvieron embueltas con esta sangre quando aquella piadosa muger la recogió. Mas no será razon que passe por aqui el Christiano sin reconocer el amor y regalo de la divina providencia, lo uno para honrar sus sanctos (pues à cabo de tantos años que el martyr le honró con su passion, lo honra él con esta maravilla, tantas vezes repetida, para que assi sea el Sancto mas honrado) y lo otro, para alumbrar y convertir à los incredulos de los milagros,

Yy vicn-

viendo cada dia este tan manifesto y tan notorio.

Tampoco podemos dexar de reconocer por milagro muy notorio à todo el mundo la virtud que los Reyes de Francia tienen para sanar un mal contagioso y incurable, que es de los lamparones. Porque aquel Señor (à cuya providencia pertenece proveer de remedio à sus criaturas) entre infinitas maneras de yervas medicinales que crió para la cura de las enfermedades de nuestros cuerpos, quiso que para esta que era incurable, uviessse este remedio en personas tan principales, y Christianissimas, quales son los Reyes de Francia, sucesores y herederos no solo del Reyno, sino tambien de la fé de Sant Luis, Rey Glorioso del mismo Reyno. Y que este seà milagro veese, porqué sin emplastro, sin purga, ni sangria, ni otra alguna medicina, curan este mal con solo tocar al doliente diciendo: El Rey de Francia te toca, y Dios te sane. Y el dia desta maravilla confessanse y comulgan los dichos Reyes, aparejándose con toda devocion, para que Dios obre por ellos esta miraculosa salud.

§. XII.

De otros milagros muy averiguados que se vieron en nuestros dias.

NO me podrá poner nadie culpa si en esta relacion de milagros hiziere mencion de los que yo he sabido, y averiguado con toda diligencia. Porque tengo muchos autores antiguos y nuevos, que no quisieron que se perdiesse la memoria de los milagros que acaescieron en sus tiempos, acordándose de aquella sentencia que à Tobias dixo el Angel Sant Raphael (a): Bueno es; dixo él, callar los secretos de los Reyes; mas publicar las obras, y maravillas de Dios, es cosa muy loable. Pues conforme à este parecer daré aqui testimonio de las obras de Dios que ví en

este muy Catholico Reyno de Portugal.

En la ciudad de Evora está un monasterio de monjas Augustinas llamado Sancta Monica, donde está una imagen del Niño Jesus. Y es estilo de aquellas monjas despues de la fiesta del sancto Nacimiento, tomar la que puede aquel Niño, y tenerlo en su Oratorio, y rezarle cada dia alguna oracion; y al cabo del año hazerle alguna ropita, y restituirlo en el lugar de donde le tomó. Acaesció estar allí una virtuosa religiosa, que oy dia es viva, muy enferma doce años avia de diversas y graves enfermedades, y à cabo de los tres primeros años dellas vinieron los nervos que están debaxo de la rodilla à encojergese de tal manera, que no podia andar sino à gatas, ó con dos muletas. Duró esta enfermedad quasi ocho años: à la qual se aplicaron todas las medicinas y unturas posibles, para ablandar, y estender aquellos nervos, mas sin mejoría alguna. Demás desto fue llevada à las Caldas, que son unos baños de aguas calientes, muy acomodadas para enfermedades de frialdad, y dilatacion de nervos encogidos; mas ningún beneficio con esto recibió. Probados todos estos remedios, yá desconfiados los medicos, no trataban de medicina años avia. Tenia esta religiosa otra recia enfermedad, que era sobrevenirle los primeros dias de cada mes un tan recio accidente de epilepsia, que muchas religiosas con dificultad la podian tener. Llegándose pues la fiesta del sancto Nacimiento, pretendia esta religiosa aver la imagen del Niño Jesus, para hazer aquella devocion que las otras hazian. Y antes de la fiesta comenzó à procurar con toda fee y devocion la medicina del cielo, que no podia hallar en la tierra: con lo qual cobró una grande confianza que nuestro Señor la avia de sanar, y assi lo dixo à una religiosa que avia sido su maestra: la qual hizo poco caso de aquella confianza. Llegada

la sagrada fiesta, diciendose la Missa mayor, estaba esta religiosa como solia assentada junto à la rexa del coro baxo. Y comenzándose la Epistola, subitamente se sintió sana; mas no quiso decir nada por no turbar el Officio de la Missa, la qual acabada, se levantó en pie, y dixo à las madres: Yo por la gran bondad y misericordia del Niño Jesus estoy sana. Entonces una de las madres, que traía un bordon en la mano se lo dió, pareciendole que tendria necesidad dél para andar aunque estuviesse sana: mas ella tomandolo en la mano, comenzó à andar por el choro, y visto que sin él podia muy bien andar lo arrojó. Entonces fueron tantas las lagrimas y sollozos de las religiosas, y las alabanzas y gracias que daban à Dios, y tanta la admiracion y espanto de vér andar por su pie à quien ocho años avian visto andar con muletas, y tanto el rebullicio del choro, que toda la gente que estaba en la Iglesia uvo de saber lo que passára: y todo aquél dia andaban las religiosas attonitas, considerando aquella maravilla. Entonces la maestra: sobredicha desta religiosa, fue al Niño Jesus, que estaba en el mismo choro, y hecha un rio de lagrimas de alegría y devocion, tomó el Sagrado Niño en las manos, y no se hartaba de darle besos, diciendo: Señor mio sanastes à la Cervera: Señor mio sanastes à la Cervera (que este era su nombre) repitiendo esta palabra muchas vezes. Mas no contento el sancto Niño con esta misericordia (porque sus obras, y mercedes son perfectas) tambien la sanó de la enfermedad de la epilepsia que arriba diximos. Porque llegando luego el primer dia de Enero, quando se esperaba este accidente, no le acudió: antes esse dia despertó ella à los Maytines tafiendo, como es su costumbre, las tablas, y ni en esse dia, ni hasta oy mas le vino tal accidente. Este milagro se publicó luego por toda la ciudad, y por todos los lugares vecinos, y hizose dél informacion juridica por el Ordinario, la

Tom. IV.

qual yo lei. Y no contento con este argumento de la verdad, quise que tambien los ojos fuessen testigos della. Por que fui al monasterio, y llamadas las madres al choro baxo, hallóse con ellas esta religiosa, y rogóle que anduviessse delante de mí, y assi lo hizo, andando tambien como si ningun mal uviera tenido. Y oy dia es viva, y su salud dá testimonio desta maravilla. Tenia esta religiosa allí una tia, prelada de aquel monasterio, que mas era madre que tia: y assi ella todos estos años la curaba con mucha cost y trabajo como à hija. La qual estos primeros dias del milagro andaba como espantada y pensativa, y diciendole las religiosas: Qué es esto Madre? Todas andamos alegres por lo que avemos visto; y vos andais tan triste y pensativa? Respondió ella: Madres no ando en mí de espanto desta maravilla que he visto, y desta tan grande merced que nuestro Señor me ha hecho. Este es sumariamente el milagro que acaesció este dia, en que el Niño Jesus nasció. Mas quien oyessse aquellas Religiosas contar esta historia con todas las particularidades y circunstancias della, como yo la oí, no creo que por otro razon que tuiessse dexaria de derramar muchas lagrimas de devocion y admiracion. Mas no fue solo este milagro; porque otros muchos sucedieron despues. Mas yo entre todos estos no contaré más que uno muy señalado, y muy público, y de que tuvé muy particular informacion. Moraba cerca deste monasterio una muy virtuosa muger, tan sencilla y mansa como una paloma. Esta avia quatro años que estaba tullida de las piernas en una cama, y juntamente con esto padescian muchos accidentes trabajosissimos. Y quando esta doliente avia de confessar, y comulgar, llevabanla en una silla à la Iglesia deste monasterio. Yendo pues un dia segun tenia por costumbre de darle el Sanctissimo Sacramento, dixole: Esperad aqui, y offreceros

Y y

heis

heis al Niño Jesus. Tomó pues el Sacerdote al sancto Niño del altar, y pusoelo delante, y llegando ella con las manos à la ropita del Niño Jesus, parecióle que interiormente le dixerón: Levantate. Y comenzando à levantarse, su padre que estaba al lado, creyendo que le acudia alguno de los accidentes acostumbados, comenzó à tenerla. Respondió ella entonces: Yo me puedo levantar. Y assi se levantó sana, la que tanto tiempo avia estado tullida; y assi sana por sus proprios pies bolvió à su casa, quedando attonita la gente que en la Iglesia estaba: la qual se fue en pos della espantandose de ver andar por sus pies la que antes llevaban y traían en una silla. Y decia ella, que assi como quando llevan un hombre à justiciar, vá mucha gente tras dél, que assi la seguia toda aquella gente hasta su casa, pasados de ver tan grande maravilla. Deste milagro toda aquella gente fue testigo. Quisé yo tambien informarme de la enfermedad por el medico que la curaba, por nombre Fragoso, el qual como testigo de vista, me dió informacion assi de los años que la enfermedad avia durado, como de la causa della: y no contentó con esto, fué quatro ó cinco vezes à casa desta doliente, por la admiracion y gusto que recibia de oír la historia deste milagro con todas las circunstancias de aquella enfermedad; y de la cura della. Y acuerdaseme, que la postrera ida fué solo para saber, si quando bolvió à su casa, llevaba algun bordon en la mano (presuponiendo que las curas miraculosas de Dios han de ser perfectas.) Respondióme que no lo llevaba. Sabia desta enfermedad otro principal medico de aquella ciudad, por nombre Ariez Diaz, y espantado de tan grande maravilla, la visitó, y rogó que anduyesse delante dél, para ver con los ojos lo que la fama avia publicado, y assi se hizo, dando él gracias à Dios, por ver lo que veia.

§. XIII.
Prostigue la materia de los milagros.

NO quiero perder de vista al Niño Jesus: el qual aunque Niño es todo poderoso para hazer maravillas. Y assi es la que agora contaré, la qual no ha diez años que aconteció en un monasterio de monjas de Sant Bernardo, que está en la Villa de Coz, termino de Alcobaza. En este monasterio adolesció en principio del mes de Octubre una novicia de edad de doce años. Y sería largo processo contar los accidentes que pasó en esta enfermedad; assi de epilepsia, como de otros, à que los medicos nunca pudieron dar remedio. De lo qual las Monjas recibian grande desconsolacion, viendo lo que aquella niña dia y noche padescia, sin hallarse remedio ni alivio para tanto mal. Duró este trabajo dende el dia de Sant Martin hasta Navidad. En el qual tenian las religiosas en un cierto lugar del monasterio el sancto pesebre, y el Niño Jesus puesto en él, con la imagen de su sanctissima madre: Dixeron pues à la enferma; si queria que la llevassén à presentar al Niño Jesus, que estaba en este pesebre. Respondiendo ella que sí; tomaronla en brazos (porque ella no podia andar) y presentandola al sancto Niño; pusieronle en las manos. Entonces ella puestos los ojos en la imagen de la Virgen, comenzó à decirle: Señora, no os lo tengo de dar hasta que me deis salud para serviros. Y repitiendo muchas vezes estas palabras, las Religiosas la exhortaban à esso, diciendo: Decid niña, decid. De ahí à poco derribóse la enferma en tierra, y estuvo por un buen espacio como durmiendo, hasta que las monjas que presentes estaban, temiendo algun mal, la bolvieron en su acuerto. Entonces ella: Para qué, dixo, me despertastes? Porque estuve yo agora viendo otra Señora, otro Niño, y otro pesebre muy diferente deste que aquí está. Y dicho esto, por la virtud admirable, deste sancto Niño, y de aquella

Madre de Misericordia, que de tantos trabajos en tan tierna è innocentè edad se compadesció, se levantó tan sana como si ningún mal huviera tenido; quedando las monjas attonitas de ver esta tan grande maravilla, y dando gracias à nuestro Señor por ella. Y luego la Madre Abadesa mandó à una religiosa que escriviesse toda esta historia de la manera que avia pasado, la qual yo lei y tuve en mi poder. Y avrá dos años que estando en Alcobaza el Serenissimo Cardenal Infante Don Enrique (que agora es el Rey nuestro Señor) fue à visitar à este su monasterio; y allí las monjas le presentaron esta Religiosa en quien nuestro Señor obró esta maravilla el mismo dia que tuvo por bien de nacer en este mundo por nuestra salud.

Con esto contaré otro milagro no menos público, y que declara el grande amor que nuestro Señor tiene à sus sanctos. Uvo en nuestros dias una muger, que moraba en Roma, à quien Dios se avia mucho comunicado: La qual entre otras asperezas con que affligia su cuerpo, una era traer ceñida una cadena de hierro à las carnes. Falleciendo ella, el confessor que conocia su sanctidad, tomó aquella cadena, como cosa que él mucho estimaba. Y yendo à Roma el reverendo padre Fray Francisco Forero, despues de concluido el sancto Concilio Tridentino, y teniendo amistad con este padre confessor, recibió dél, como cosa de mucho precio, un eslabon de aquella cadena. Y venido este padre à este reyno, y siendo provincial de nuestra provincia, llegó à Avero, donde ay un solemne monasterio de monjas de su misma Orden. Y entrando à visitar la casa, supo que estaba allí una religiosa noble, pero tan enferma, que yá todos los Phisicos de allí, y otros que vinieron de Porto, la tenian desconfiada; y sus habitos eran yá dados por amor de Dios conforme al estilo de aquella casa. Estaba ella paralyticada de un lado, y tenia sobre la region del hgado una dureza grande como de un

ladrillo, y en los labios le nascian unas escamas amarillas. Y la flaqueza era tan grande, que para hazerle la cama, la sacaban en peso en una sabana, porque de otra manera era imposible. Fue el Padre Provincial susodicho à visitarla, y animóla à estar muy conforme con la voluntad de nuestro Señor en todo lo que della dispudiesse. Y junto con esto le dexó aquel eslabon de la cadena que consigo traía, diciendole, que era de una sancta muger. Ido él al monasterio de sus religiosos, que está allí junto, la doliente puso el hierro en el oído de aquel lado paralyticado, del qual no oía, y luego oyó, y dixo à su enfermera: Hermana yo oyo. Respondió ella: Pues ponedlo sobre la dureza del hgado. Hizo lo assi, y subitamente por virtud de nuestro Señor, y por el merito de su sierva, se deshizo aquella dureza, y se sintió perfectamente sana. Sonó esto por todo el convento. Acuden luego todas las monjas, y vistenla con habitos prestados; porque los suyos eran yá dados; y ván todas ellas al choro con la doliente, que iba por su pie, à dar gracias al Señor por este milagro, y esto con muchas lagrimas y sollozos. Fueron luego con la nueva desto al provincial, que acabando de llegar à su monasterio, comenzaba à comer, y dandole cuenta de lo que passaba. Y acabada la comida, fue al monasterio, y la religiosa vino por su pie al lcutorio enteramente sana; y assi lo estuvo siempre. Esto supe de la boca deste Padre Provincial, y de un honrado compañero que consigo traía: y despues del Padre Prior del Convento de Avero, que es tambien Vicario de las mismas monjas, con quien muchas veces platicué sobre este milagro. Y para mas plenaria satisfacion escriví à la madre Priora de aquel convento que me escriviesse muy por extenso la historia deste milagro, y assi lo hizo, y me lo embió confirmado con el testimonio de las madres mas principales de aquel monasterio, que oy día tengo en mi poder. Donde al fin dél dicen, que

que dan gracias à nuestro Señor por averles dexado vér en sus dias esta tan grande maravilla. Servirá este milagro (como dixé) para que se vea cuánto nuestro Señor ama y honra à sus fieles siervos, que tanta virtud, y poder dá à las cosas que tocan en sus cuerpos, pues à cabo de tanto tiempo, y de tanta distancia de lugares, quiso que aquel pedazuelo de hierro tuviesse poder sobre todas las medicinas, y leyes de naturaleza, dando subita salud à quien todo el poder de la naturaleza y de la medicina la negaba.

Cerca desta sobredicha Villa de Avero está la ciudad de Porto, donde avrá seis años poco mas ó menos, que acaesció uno de los mas celebrados, y festejados milagros que en este reyno, y aun creo que en esta edad, han acaescido. Y fue assi, que en casa de dos mugeres muy virtuosas, avia una niña ciega, à la qual ningunas medicinas avian aprovechado. Acaesció pues que una moza traxo à esta casa una toalla con que estaba ceñido el Crucifixo del monasterio de Sancto Domingo de aquella ciudad para lavarse. Entoncez una de las dos hermanas, tomando la toalla en las manos, dixo estas palabras: Señor Jesus, pues vuestras llagas están abiertas para todo el mundo, tened por bien abrir los ojos desta niña ciega. Dicho esto con grande fé y devocion, puso la toalla sobre los ojos de la niña, y subitamente por virtud de aquellas preciosas llagas se le abrieron los ojos, y recibió la vista de que carecia: Quisieran las buenas hermanas encubrir esto: mas no pudo ser, porque la ceguedad era muy notoria à la vecindad, y assi tambien la vista. Supo esto el Ordinario, y para averiguar el caso, tomó gran numero de testigos, por cuyo testimonio constó claramente la verdad. Entoncez por comun consentimiento del estado Ecclesiastico y seglar, se hizo una procession general, y muy solemne, repicandose las campanas de todas las Iglesias, llevando la niña en los brazos con

una guirnalda en la cabeza, à vista de toda la ciudad, para que todos en comun diessen gracias à nuestro Señor, que assi acude à las necesidades de todos aquellos que con fé y devocion le piden socorro. Otros milagros despues deste, se hizieron con la misma toalla; mas por no ser tan públicos como este, no los escribo.

A este milagro añadiré otro muy notorio. El Doctor Guevara testigo muy abonado curaba una monja del monasterio de Celas, donde ay gran numero de religiosas. Bernardas, la qual avia tres años que tenia una pierna seca, de que no se servia. Llegó el dia de la fiesta de la Reyna Sancta de Portugal, de quien rezamos en este Reyno, cuya vida sanctissima y milagros andan impresos. Pues esta religiosa, por tener especial devocion à esta sancta Reyna, determinó levantarse à sus maytines adonde la llevaron en una silla, porque de otra manera no podia andar. Estando pues en los maytines, se halló del todo sana dando gracias à nuestro Señor, y à aquella sancta Reyna, por cuyos meritos avia sido curada. Del qual milagro son testigos todas las religiosas deste monasterio.

Y yá que hize mencion desta Reyna no gallaré una cosa digna de ser sabida, que se escribe en su vida. Tenia ella un muy virtuoso y fiel paje, por cuya mano havia sus limosnas. Mas otro paje de perversa condicion, mal sino à este virtuoso mancebo con el Rey de tal manera, y de tales cosas, que el Rey determinó matarlo. Para lo qual mandó à un Calero que quando en tal dia y tal hora embiasse un paje à su Calera, le arrojasse en medio del fuego. Embió pues este paje el dia y hora que estaba ordenado. Mas teniendo él por devocion entrar en las Iglesias quando oia la campanilla de levantar la Hostia, y está allí hasta el consumir, detuvo tanto en algunas Iglesias (ordenandolo assi Dios) que pasó la hora señalada. Entoncez el Rey (deseando saber el successo del caso) embió el otro paje, que era el mal-

sin, à preguntar al Calero, si estaba ya hecho lo que le mandára. Mas el Calero creyendo que aquel era el paje que el Rey le avia dicho, lo tomó en brazos, y arrojólo en la Calera. Y desta manera aquel Soberano Juez bolvió por la causa del innocente, y dió al malo su merecido: ordenando que cayesse sobre su cabeza la pena, que él andaba tramando para el otro: como ordinariamente lo suele él hazer. Con este acaescimiento el Rey quedó desengañado, y por la pena deste successo tan inopinado conosció la innocencia del un criado, y la culpa del otro. Esto no he contado por milagro, sino por historia digna de ser sabida.

De otros milagros mas recientes.

Y porque los milagros recientes que tienen presentes los testigos, suelen mover mas los corazones; pido al Christiano lector no se cansé de que añadamos otros tres à los que están referidos. Y por ser ellos tan nuevos; me fue necessario pedir licencia à las partes à quien tocaban para escribirlos. Y primeramente referiré uno tan grande, tan cierto, y tan notorio, que verdaderamente si yo fuera Gentil, bastára para convertirme à la fé, no menos que bastó para ello la cura de la lepra de Naamán por el Propheta Eliseo. En esta ciudad de Lisboa está una Señora por nombre Doña Catalina de Tayde, Señora de la casa de Villaverde, de cuyas virtudes no se puede aqui decir nada, porque los sanctos no quieren que alabemos à los vivos, sino à los muertos. Porque entoncez el alabanza no daña al que alaba, ni al que es alabado. Esta Señora siendo de edad de trece ó catorce años, tuvo una grande enfermedad de accidentes tan recios, que la ponian en el hilo de la muerte; y llegó tan al cabo, que le tenían ya aparejada la mortaja. En este tiempo una ama que la avia criado, y della esperaba el remedio de su vida y de sus hijos, fue à una casa de nues-

tra Señora; y con grandes gemidos y lagrimas le pedia la vida; por las quales es de creer que nuestra Señora se la concedió: y assi poco à poco bolvió sobre sí, passados tres meses y medio de la enfermedad, mas quedó paralytica de todo el lado izquierdo, y con un tan gran tremor en toda esta parte, que si alguno llegaba à tenelle el brazo, tambien le temblaba à él. Duró esto no menos que nueve meses, en los quales todos los mejores medicos desta ciudad, usando de todos los remedios posibles, no le pudieron dar salud. Mas ella todavia tenia confianza en nuestra Señora, que la sanó de tan desconfiada enfermedad, que le avia de dar entera salud, diciendo que nuestra Señora no havia las mercedes partidas. Passados estos nueve meses, llevaronla à un monasterio del Carmen, que está en la misma villa suya, cuya Iglesia se llama nuestra Señora de las Reliquias, y es casa de mucha devocion, y concurso de romeros. Puesta ella ante la imagen de nuestra Señora, oyó à una vieja, que estaba à sus espaldas, pedir con grande ansia, y devocion à nuestra Señora salud para un hijo que tenia enfermo. Entoncez ella tomó de aqui ocasion para hazer oracion à nuestra Señora diciendo: Señora, si yo tuviesse la fé desta buena vieja, vos me dariades salud. Y diciendo estas y otras palabras semejantes con toda devocion, y confianza, supitamente por virtud de aquella Señora, que es Madre de misericordia, se sintió totalmente sana. De lo qual quedó tan espantada, y como attonita, que no sabia parte de sí. Finalmente ella se levantó luego, y por su pie se fue à la Condesa su madre, que estaba en la misma Iglesia, la qual tambien quedó attonita desta maravilla. Y toda la gente que estaba en la Iglesia (que era mucha, porque era Domingo) comenzó à dar voces: Milagro, milagro. Y viendo esto los Padres del monasterio comenzaron à dar gracias à nuestro Señor, y à cantar: *Te Deum laudamus*. Y el dia siguiente los Cle-